

DISCURSO de CONTESTACIÓN A JUAN CRISTÓBAL CORRAL

Señores asistentes:

Los viejos refranes castellanos, con todas sus retrancas y su guardar la ropa mientras se nada, son el antecedente de los libros de autoayuda, y no está mal hacerles caso, a los refranes me refiero. Viene esta introducción a cuento del “nunca digas de este agua no beberé”. No lo digamos, no, por lo que pueda pasar. ¿Lo habrá habido más reacio que un servidor de ustedes, o por lo menos más indiferente, a meterse en fregaos de redes sociales y berenjenales de ese jaez? Hizo falta que una buena amiga me allanara el camino de entrada a paraje tan inhóspito para mí como era el “feisbu”. En su día desechó ella misma la idea al no considerarme carne de feisbu. Con el tiempo, y sabedora de cierta cualidad camaleónica de mi carácter, me abriría la cancela y, cuando me vine a dar cuenta, estaba yo metido en feisbu hasta el corbejón.

Y una vez dentro, ¿qué hacer allí, entre la ventolera de mensajes, de corazoncitos rojos y de pulgares alzados? Pues qué iba a hacer, “¿dónde va el buey que no are?”. Y el buey se puso a arar, que es como decir a hacer algo de lo poco que medio sabe hacer en este mundo este buey, que es escribir artículos. Al menos así lo parece, y así será, puesto que el pasado viernes, en la presentación de la segunda edición de mi novela “El yugo”, uno de los presentadores tuvo la ocurrencia de decirle al respetable que si me piden hacer un artículo sobre la pared de la derecha, lo hago al instante. A lo que contesté que no había inconveniente en hacer otro tanto con el de la izquierda.

Cada tarde, a eso de las ocho, sigue apareciendo tras setecientos días consecutivos, mi artículo en el “feisbu”. Eso es lo de menos. Lo interesante del caso es que un buen día, tras la protocolaria petición de amistad, al artículo, entre la tira de comentarios diarios, le sale uno firmado por un tal Juan Cristóbal Corral Báez. Por conducto privado me llegó la presentación

personal y mis brazos automáticamente se abrieron alborozados para acogerlo desde ese mismo instante como mi gran amigo, es verdad que desconocido hasta el día y hora en que estamos. La amistad, cuando se presenta bajo la forma de química, no necesita de mediación física. Por otra parte, mi desconocimiento no era absoluto como voy a explicar.

Cuando Editorial 33 publicó uno de esos libros de relatos con diversidad de autores a que nos tenía acostumbrados, en este caso el titulado “Con letra de médico”, fui avisado lógicamente, en calidad de asistente pero sin intervención tribunera. Ya comenzado el acto, con la impuntualidad que me distingue, llegué acompañado de un amigo de Marbella y tomamos asiento allá lejos, en la última fila, a donde llegaba la palabra de los oradores pero no sus fisonomías. Sí pude distinguir que un señor con gafas cómodamente instalado en una silla de ruedas debía de ser lo que se dice un tío agradable, a juzgar por las muestras de simpatía con que era agasajado por los presentadores del libro. Como suelo mantenerme al margen de tantas cosas, tan al margen como esa hojarasca que escolta la corriente de los ríos, con el mismo sigilo que llegué a aquella sala salí de ella. Pero fue llegar a casa y faltarme tiempo para hojear el libro en cuestión y leer el relato de aquel Juan Cristóbal que quedó pegado a mis oídos.

Desde aquel momento, casi éramos amigos. Hizo falta que al cabo de un tiempo llegara la mediación del señor “feisbu” para presentarnos por escrito. Mi artículo de cada tarde nos fue acercando, a la vez que Juan Cristóbal se integraba de lleno en el club de lectores a los que he dado en llamar el Ateneo popular. Juan Cristóbal Corral es hoy un miembro destacado y fijo de ese grupo de lectores y comentaristas, hasta el punto de que, si todo ha sido conforme a lo anunciado, está aquí esta tarde algún contertulio que otro para agasajar al recipiendario. Así es que hoy, y gracias a “feisbu”, ya no añoro mis tiempos de escribir en SUR, ABC, etc, pero, sobre todas las cosas, puedo hallarme contestando, sumamente complacido de hacerlo, al emotivo discurso de quien ya es amigo entrañable y, desde hoy, además, compañero de asociación.

Y te digo, Juan Cristóbal, que has leído un discurso rebotante de vida, aunque pueda dejar la impresión de lo contrario. Sí, de vida. ¿Has contado cuántas veces aparece en tu discurso de esta tarde esa hermosa palabra, vida? Y lo que la vida implica. Así, cuando dices preferir naturalidad a

claudicación, oportunidad a fatalidad, cuando eliges vivir CON la discapacidad y no PARA la discapacidad, llevar una vida no discapacitada sino afrontada y plenamente vivida. ¿Sabes por qué, pese a tu estado, regalas cariño y te preocupas de ayudar a los demás, y de hecho lo haces? Porque eres fuerte. Se lo digo a mis hijos desde que eran pequeños: sólo los fuertes pueden dar. ¿Cómo no van los tuyos, tu encantadora esposa, tus estupendos hijos, a sentir orgullo de ti?

Ingresas hoy en la Asociación Española de Médicos Escritores, una institución de la que formaron parte don Santiago Ramón y Cajal, don Pedro Laín Entralgo, el famoso autor teatral Jaime Salom, autor de obras que fueron éxitos en la cartelera de Madrid: “La casa de las chivas”, “La noche de los cien pájaros”, “Los delfines”, “La playa vacía”...El uno, don Santiago, conocía a las neuronas como un pastor a sus ovejas, y escribía con garbo: el otro, don Pedro, presidió la Real Academia Española de la Lengua y filosofó en torno a todo lo habido y por haber. Todos escribían muy bien, porque los médicos somos gente rara que lo mismo abrimos a una criatura en canal que le escribimos versos a la mujer amada.

También tú escribes muy bien. Mira si escribes bien, que estás escribiendo la más brillante de las páginas sobre el folio en blanco que es la vida, la tuya y la de todos en general. Y no lo escribes con la impersonal letra del ordenador, no, la escribes en papel y con esa letra de caligrafía antigua que nos enseñaron en la escuela de nuestra infancia. Tu padre, maestro de escuela y ejemplo tuyo, quizá te enseñara a ti, a escribir con buena letra... y a vivir.

Pero si quieres perfeccionar el aprendizaje que ya tienes del vivir, acéptame un consejo, que para algo soy algunos años mayor que tú. Lee a Montaigne, mi buen amigo aunque me lleve cinco siglos en la edad. Fueron sus objetivos los que son los míos: ociosidad y libertad. Y sobre ese colchón, aprender a vivir, que incluye la máxima ciceroniana de “aprender a morir”, no para amargarnos sino para gozar más a tope la vida contando con la idea de su finitud. En definitiva, se trata de vivir, eso que tan magníficamente sabes hacer tú. Y, para que lo sepas mejor, mira lo que decía Alain, pseudónimo de Emilio-Augusto Chartier, hace casi dos siglos. Colaborador con cientos o miles de artículos en el periódico de su provincia francesa, decía en alguno de ellos Alain que “no se es feliz por viajes, riquezas, éxito o placer sino porque la vida sabe a felicidad como la

fresa sabe a fresa. Incluso las penas, los dolores, el cansancio, tienen sabor a vida. Vivir es querer vivir". ¡Y qué bien lo sabes tú, querido amigo, sabio y sentimental!

Mi discurso de ingreso en Madrid hace ya unos años versó sobre la Literatura como terapia. Tú ingresas hoy con el discurso emocionante y ejemplar de tu propia vida, más la de aquellos grandes médicos que te antecedieron en la enfermedad. Pero dejémonos de enfermedad porque desde hoy te vas a sentir un poco más escritor de lo que ya lo eras. Tú, en ti mismo, ya eres Literatura. Todas las vidas humanas tienen su argumento, la tuya lo tiene riquísimo. Oscar Wilde decía, con toda la razón a mi parecer, que hay figuras de ficción con más visos de realidad que muchas personas de carne y hueso. Tu caso es el contrario, porque tú, a tu personal manera, eres protagonista de la gran novela de tu vida.

Sólo los tontos desprecian lo sencillo. Decir "feisbu" es decir humanidad espesa y diversa, cultos y menos cultos, titulados y sin titular. Pero, por encima de todo, un cobijo de aceptable libertad para expresar lo que cada cual lleve dentro. Yo me acuerdo ahora de mis casi cincuenta años escribiendo en los periódicos, y me quedo tan a gusto en mi "feisbu" cada tarde. Ahí he encontrado y reencontrado amigos y amigas. Y si Pepe Pinto, con versos de Rafael de León, cantaba en las radios de cretona de nuestra niñez que "a una mare no se encuentra y a ti te encontré en la calle", yo puedo decir que un amigo no lo encuentras con sólo volver la esquina, y a ti, Juan Cristóbal, te encontré en el "feisbu", donde cada dos por tres aparece tu foto con una larga ristra de alabanzas y corazones de personas que te entregarían el suyo. Bienvenido seas a la Asociación de Médicos Escritores, honrada desde hoy con tu pertenencia. Escribe y vive, que los demás nos encargaremos de admirar la gran obra de tu vida.

Buenas noches.

JUAN MACÍAS TROYANO

Málaga, a 7 de octubre de 2021